

CUANDO LOS ESPAÑOLES CONQUISTARON EL SUDAN

En una crónica de batallas entre marroquíes y negros subsaharianos, que tiene por escenario el Sudán, está redactada en árabe y lleva por título *Ta'rij al-fattah* ("Historia del conquistador"), el lector encuentra, con no poca sorpresa, algunas frases españolas, de las cuales la más significativa es ésta: *Corte li cabeza*.

¿Qué misterio histórico ha llevado la lengua española a través del Sahara? ¿De dónde surge esta voz que produce tan desconcertante resonancia?

Para contestar estas preguntas hay que relatar la conquista del Sudán que, en el año 1591 de nuestra era, llevó a cabo el sultán marroquí Ahmad al-Mansur. Es historia bastante bien conocida, pero quizá no en España, y parece oportuno divulgarla.

Disponemos de tres grupos de fuentes: *a)* marroquíes, como la crónica de al-Ifrani, algunos documentos de la cancillería sarifiana, etc.; *b)* sudanesas (redactadas en árabe), como las crónicas tituladas *Ta'rij al-fattah*, *Ta'rij al-Sudan*, *Tadkirat al-nisyan*, etc.; *c)* españolas, como la relación anónima publicada en 1877 por Jiménez de la Espada. Hay que añadir algunos estudios franceses contemporáneos, debidos a Castries, Delafosse y La Chapelle (1).

* * *

(1) Eloufrani, *Nashet-el hadi, Histoire de la dynastie saadienne au Maroc* (trad. Houdas), París, 1889; *Carta del Sultán al Mansur a los notables de Fez*, publicada por Castries en el estudio citado más abajo; Mahmud Kali, *Ta'rij al-fattah* (trad. Houdas y Delafosse), París, 1913; al-Sadi, *Ta'rij al-Sudan* (trad. Houdas), París, 1900; *Tadkirat al-nisyan* (trad. Houdas), París, 1901; *Relación de la jornada que el Rey de Marruecos ha hecho a la conquista del reyno de Gago*, etc., contenida en uno de los *Libros de jesuitas* de la Academia de la Historia, publicada

Ante todo, conviene recordar cuál era la situación de España, Marruecos y el Sudán en el año de la expedición (1591).

España está en los últimos años del reinado de Felipe II. Los grandes sucesos de la historia nacional —expansión europea, conquista de América— han desviado un poco la atención española de los asuntos islámicos. Con todo, ha habido que emprender la guerra contra el Imperio turco (Lepanto está aún reciente); que atender a graves problemas interiores provocados por los residuos musulmanes (sublevación de los moriscos), y que prestar cuidadosa atención a la situación del Norte de Africa. Los moriscos representan aún su drama, tan penoso para ellos como para los españoles. Los piratas surcan el Mediterráneo. Es la gran época de los renegados, de los cautivos, de los corsarios. El ojo siempre vigilante de Felipe II atisba y acecha todo. La relación anónima que antes hemos mencionado —debida a un jesuita o a un agente oficioso de España en Marruecos, como el Padre Diego Marín o Baltasar Polo— revela la perfecta información del gran Rey.

En Marruecos nos encontramos en el reinado de Ahmad al-Mansur, llamado *al-Dahabi* ("el Aureo"). En 1578 había tenido lugar la famosa batalla de Alcazarquivir, o de los Tres Reyes, porque en ella perecieron Don Sebastián, Rey de Portugal; Mulay Abd al-Malik (Mulay Muluk), sarif reinante, apoyado por los turcos, y su sobrino Mulay Muhammad al-Mutawakkil, destronado por él y a quien ayudaban los portugueses. Ahmad fué proclamado sobre el mismo campo de batalla. De ahí su título de *al-Mansur*, que significa "el Victorioso". Su otro sobre-

por Jiménez de la Espada en apéndice a su edición del *Libro del conocimiento de todos los reynos y tierras y señoríos que son por el mundo*, etc. (Madrid, 1877), y reproducida por Castries en el estudio citado más abajo; H. de Castries, *La conquête du Soudan par el-Mansour (1591)*, en *Hespéris* III (1923), págs. 433-488; M. Delafosse, *Les relations du Maroc avec le Soudan à travers les âges*, en *Hespéris* IV (1924), páginas 153-174; F. de La Chapelle, *Esquisse d'une histoire du Sahara occidental*, en *Hespéris* XI (1930), págs. 35-95.—Después de la primera impresión del presente estudio (en *Revista de Occidente*, año XIII, núm. 148, octubre 1935) ha aparecido el libro de J. Beraud-Villars, *L'Empire de Gao: Un État soudanais aux XV^e et XVI^e siècles* (París, Plon, 1942), que trata la cuestión con miras vulgarizadoras, sin ninguna novedad apreciable.

nombre —“el Aureo”— le vino del crecido rescate que hubo de recibir por los caballeros portugueses que cogió prisioneros y por las historias subsiguientes, en que tan importante papel desempeña el precioso metal. Estamos, pues, en los momentos culminantes de la dinastía de los sarifes sadiés. Este imperio surge, como es sabido, de una reacción religiosa (marabútica) contra la intervención europea. A los antiguos lazos tribales sustituyen lazos religiosos anudados por descendientes del Profeta (sarifes). Marruecos, como realidad nacional independiente —en la acepción muy particular con que hay que emplear la palabra “nacional”, tratándose de un país islámico—, cobra ahora cuerpo por vez primera en la historia. Es un momento crítico en la evolución del Islam, tal como lo había previsto en el siglo XIV, con sorprendente agudeza, Ibn Jaldun: “Las circunstancias se han alterado totalmente; diríase que la creación cambia de naturaleza, que el mundo se transforma radicalmente y que se trata de una naturaleza nueva” (2). Es el Renacimiento. El Islam africano se da perfecta cuenta —la siente dolorosamente en su propia carne— de la nueva potencia de España. Ha perdido su viejo ideal secular de expansión europea. Al revés, se agrupa, a la defensiva, en torno a un ideal religioso. Pero, al mismo tiempo, imita a España: la historia que vamos a narrar revela en sus móviles —conquista de lejanas tierras, busca del oro— una emulación de las maravillosas gestas de la España del Renacimiento y, desde luego, se realiza merced a una técnica guerrera de empleo típicamente renacentista: la artillería.

En el Sudán, o sea la zona subsahariana donde ha penetrado el islamismo (llamada antes Guinea, palabra de origen beréber y que significa, lo mismo que Sudán, “país de los negros”), estaba en sus postrimerías el imperio Songoy, cuyos reyes llevaban el título de *askía*. La dinastía se había iniciado, en 1493,

(2) Ibn Jaldun, *Prolegómenos* (trad. Siane), I, 67.—Ortega y Gasset ha comentado maravillosamente este pensamiento en su *Abenaldún nos revela el secreto* (*El Espectador*, VIII, pág. 26): “Las rosas del Renacimiento próximo anticipan su primavera para esta exquisita pituitaria de beduino.”

con Muhammad b. Abi Bakr al-Turi, llamado el Askía Muhammad, o también al-Hach ("el peregrino"), porque, en 1496, hizo la peregrinación a la Meca. Sus principales sucesores fueron: el Askía Ishaq I (1539-1549); el Askía Dawud (1549-1582); el Askía al-Haq (1582-1586); el Askía Muhammad Bani (1586-1588), y el Askía Ishaq II, reconocido en 1588 y reinante en el momento de los sucesos que vamos a relatar. La historia anterior del Sudán nos es conocida a través de Ibn Jaldun y de al-Sadí. La islamización del país se efectuó, por los Almorávides, a comienzos del siglo xi. Existen noticias de tratos y luchas entre los indígenas y los beréberes que dominaban el Sahara (Zenata, Tuareg, etc.). Pero la verdadera existencia política del Sudán no comienza hasta el siglo xiv, con el imperio de Mali o Mandinga. Sus principales representantes mantuvieron relaciones con los sultanes maríníes. Una de las embajadas sudanesas ofreció al sultán marroquí Abu Salem una jirafa, que produjo enorme sensación en el Magrib. En efecto, el Sahara, mar de arena, es —como los mares auténticos— un vínculo de unión más que una barrera de aislamiento. Desde muy pronto se anudaron, entre uno y otro lado del desierto, vínculos culturales y comerciales. Los sudaneses conocían Fez y Marrakus tan bien como los marroquíes Gao, Chenné o Tombuctú, y, a fines del siglo xvi, las antiguas relaciones entre Mali (capital del imperio mandinga) y Fez (metrópoli maríní) encontraban su exacta correspondencia en las que ahora sostenían Gao (sede de los askías) y Marrakus (la ciudad preferida de los sadíes). De todas estas relaciones nos interesa particularmente subrayar una, que marca ya una notable influencia española en el Sudán. En 1325, el famoso emperador de Mali, Gongon Musa, al volver de la peregrinación de la Meca, se lleva consigo a un poeta de familia granadina, que vivía en Marruecos, llamado al-Sahili. Este andaluz, que también era alarife, fué el creador de la arquitectura sudanesa y construyó mezquitas y palacios en Gao, Tombuctú y en otros muchos lugares a lo largo del Níger. El éxito de estos grandes edificios —rectangulares, de ladrillo, con terrazas adornadas de almenas cóncavas, torres piramidales y puertas trapezoidales— fué realmente extraordinario y llevó el in-

flujo del arte hispano-marroquí hasta el borde de la selva ecuatorial (3).

* * *

Pasemos a referir brevemente la expedición de 1591, empezando por los antecedentes necesarios.

Desde su advenimiento, los sultanes sadíes —orgullosos de su supremacía religiosa y, quizá, como antes decíamos, deseando emular las conquistas españolas y las inmensas riquezas que producía el Nuevo Mundo— sienten deseos de extender sus dominios en la única dirección en que podían hacerlo: por el Sur, hacia el Sudán. Entre 1544 y 1549 el sarif Muhammad al-Sayj pide al Askía Ishaq I que le entregue la mina de sal de Tegaza, esencial para el aprovisionamiento del Sudán y donde el Askía tenía un representante. La contestación de Ishaq I fué enviar 2.000 tuaregs que devastaron la comarca del Draa. En 1557, el mismo Muhammad al Sayj manda matar al representante del Askía Dawud en la salina y a los tuaregs que transportaban la sal a Tombuctú. La salina queda abandonada y los sudaneses empiezan a explotar la de Taodeni, situada 150 kilómetros más al sur. Antes de 1563 el mismo sarif intenta una expedición contra los negros y llegó hasta Wadán con 1.800 caballeros; pero tiene que desistir y volverse. En esta expedición tomó parte nuestro famoso historiador Luis de Mármol. En 1578 sube al trono sarifiano, después de la batalla de Alcazarquivir —conforme antes dijimos—, el Sultán Ahmad al-Mansur y continúa la misma política de expansión meridional. La afortunada expedición de 1581 a los oasis de Gurara y Twat le hace concebir esperanzas de éxito y habitúa a sus tropas a las operaciones en el desierto. Poco después logra del Askía Dawud la explotación por un año de las salinas, mediante el pago de 10.000 dinares. En 1584 envía al Askía al-Hach una embajada con el pretexto de darle el pésame por la muerte de su antecesor, pero, en realidad, para sondear el ánimo del nuevo monar-

(3) Según dice Delafosse, la reproducción de una de las mezquitas de Tombuctú, construída por el español al-Sahili, albergó en Marsella (1922) la exposición del Africa Occidental francesa.

ca en lo referente a las salinas y para enterarse de los efectivos militares del Sudán. La embajada encuentra una acogida cortés, pero ningún indicio de sumisión. El mismo año, una expedición de 20.000 hombres, enviados por el Sultán contra Tombuctú, fracasa, y casi todos los expedicionarios mueren de hambre y sed en el desierto. En 1585 doscientos fusileros marroquíes ocupan Tegaza; pero los sudaneses se retiran a Taodeni y los intrusos, vigilantes de unas salinas improductivas en medio del desierto, tienen que regresar a Marrakus. Los acontecimientos se precipitan a partir de 1588. Ahmad al-Mansur envía al nuevo Askía Ishaq II un ultimátum, ascorado por los ulemas, en que, pretextando que la propiedad de las salinas le correspondía como supremo jefe religioso y que necesitaba subsidios para la defensa militar del Islam, exigía del Emperador negro que entrase en el Sudán (4). El Askía contesta rehusando y envía, en son de guerra, un manojo de azagayas y unos grillos de hierro. El conflicto armado es inminente y, para que nada falte, aparece también el traidor que preludia tantas veces las invasiones: un sudanés, llamado Wuld-Kirinfil, que pretende ser el auténtico soberano, desposeído de sus derechos, llega a Marrakus y anima al Sultán a la conquista.

Para realizarla hay que llevar a cabo nada más y nada menos que la terrible empresa de hacer atravesar a un cuerpo de ejército la inmensidad del Sahara. Al-Mansur decidió someter el proyecto a una reunión de los principales funcionarios del Imperio. Al-Ifrani nos ha conservado la noticia de esta reunión, resumiendo los discursos. El Sultán manifestó su propósito de conquistar el Sudán, porque era una comarca muy rica, susceptible de soportar grandes impuestos y porque su rey no pertenecía al linaje de Qurays (tribu de Mahoma). El último argumento era totalmente deleznable. Los funcionarios hicieron caso omiso de él y objetaron las grandes dificultades de la travesía del Sahara, reforzando su opinión adversa con la afirmación de

(4) Es curiosa la anécdota que a este propósito cita al-Ifrani (página 156): El mufti de Marrakus, encargado, por enfermedad del primer secretario, de escribir el mensaje, dudó del título que había de dar al Askía y de las fórmulas protocolarias, y hubo de salvar su responsabilidad.

que ninguna de las grandes dinastías anteriores —Almorávides, Almohades y Mariníes— había osado correr semejante aventura. El Sultán replicó enérgicamente: lo que hacían ordinariamente las caravanas comerciales podía hacerlo un ejército; si otras dinastías no acometieron la empresa fué porque tenían otras más urgentes y otros caminos de expansión, que después habían cerrado españoles y turcos; la única vía ahora libre era la del Sur; la conquista sería fácil porque los negros sólo usaban armas primitivas y desconocían en absoluto la pólvora y las armas de fuego. Los circunstantes asintieron y la expedición quedó decidida.

Lo primero que había de hacer el Sultán era elegir general. “Escogió para esto —dice la anónima relación española— a un alcaide suyo renegado, natural de las Cuevas, en el Reyno de Granada, criado en su casa desde pequeño, el cual, aunque no tenía ninguna experiencia en cosas de guerra, siendo, como es, moço, habiendo dado buena cuenta otras veces que le había enviado a coger las garramas de sus vassalos con gente de guerra, le pareció que también daría buen recaudo en esta jornada.” Llamábase este famoso personaje el bajá Chawdar. De él y de sus orígenes hispánicos sabemos, realmente, muy poco: su nombre; que tenía buena figura y ojos azules, y el pueblo de su naturaleza, que era, indudablemente, Cuevas de Vera (hoy Cuevas de Almanzora), en la provincia de Almería. En los libros musulmanes —por ejemplo, en la *Durrat al-hichal*, de Ibn al-Qadi (ed. Al-louche, I, núm. 347, pág. 125)— aparece como un glorioso varón musulmán cargado de lauros guerreros y cantado en diti-rámicos poemas.

El número de los expedicionarios varía un poco en las fuentes. Según la relación española fueron 5.070. (1.000 arcabuceros renegados, 1.000 arcabuceros andaluces, 500 spahis o arcabuceros de a caballo, 1.500 árabes armados de lanzas, 1.000 servidores y 70 cristianos cautivos). Una lista aneja a la misma relación, pero independiente de ella, distribuye así los que acompañaron a “Yauda eunuco elche (5) alcaide de los Andaluzes”: 2.000 tira-

(5) *Elche*, del árabe *ilch*, significa “extranjero a la raza árabe, renegado”.

dores de a pie, 500 escopeteros de a caballo, 1.500 lanzas árabes, 1.000 camelleros y 600 gastadores. En conjunto, pues, y descontados los no combatientes, quedaba un ejército de unos 3.000 a 4.000 hombres, que debían estar divididos en diez batallones mandados por diez qa'ides (cuyos nombres nos da al-Sadi). Los batallones se agrupaban en dos brigadas, al mando de dos generales, sometidos a Chawdar. Como se ve, el grueso del ejército estaba formado por españoles renegados o por moros andaluces emigrados del Reino de Granada. "Sin Renegados o Cristianos —dice la relación española— no hazen moros ninguna jornada con gusto." Los renegados eran preferentemente empleados en la artillería. La impedimenta era, según los mismos textos: 8.000 (ó 10.000) camellos, 1.000 caballos de carga, 180 tiendas, 300 quintales de pólvora, 10 quintales de polvorín, mucha cantidad de bizcocho, 300 quintales de plomo, cuatro esmeriles, 10 morteretes para tirar balas de piedra, morriones, hierro, acero, estopa, pez y resina, alquitrán, cuerdas de lino, azadas, picos, pertrechos de hacer tapias y deshacerlas, seis trabucos y algunos tiros pequeños (a dos por camello). Los víveres eran, sobre todo, trigo, cebada y dátiles en pasta que fueron concentrados, cerca del Sahara, en el Draa, "que es adonde se cogen todos los buenos dátiles". El sarif escribió al qadi de Tombuctú para que instara a la población a someterse a su autoridad religiosa. Y, una vez hechos todos los preparativos, la expedición salió de Marrakus, con gran pompa y aparato, el 16 de du-l-hicha de 998 (=16 de octubre de 1590).

* * *

He aquí, pues, a un grupo de españoles renegados y de moros andaluces de origen hispánico, al mando de un renegado granadino, emprendiendo una de las más audaces expediciones de la Historia: la travesía del Sahara en pie de guerra. Por aquellas fechas otros grupos de españoles cruzaban asimismo las selvas americanas o navegaban por los océanos más recónditos. Un signo de aventura y de Imperio, que ensancha la geografía del globo, preside el esfuerzo español.

El paso del Sahara debió de ser terrible. La relación española lo pondera con característica sobriedad: "Dura el camino de

estos desiertos jornadas de cuarenta días, los cuales son todos llenos de arenales que con dificultad se passa por ellos, assi por ser el camino de arena malo, como por la mucha falta de agua." Una carta sarifiana a los notables de Fez, posterior a los sucesos, la describe, en cambio, con hipérbolés también características: "No hay agua ni árboles; ni otro horizonte que el espejismo que vela los ojos y acelera la muerte; ni otra bebida que el licor salobre que arde en las entrañas como agua hirviente, entre un calor que parece el del infierno."

Sobre el itinerario tenemos que limitarnos a suposiciones. La llegada al Níger fué el 4 de chumada I de 999 (= 28 de febrero de 1591). Duró, pues, esta parte de la travesía ciento treinta y cinco días. La relación española dice, cómo hemos visto, que hay cuarenta días de jornada. Suponiendo con mayor amplitud que fueran cincuenta, nos quedarían otros ochenta y cinco días, de los cuales, un mes, se habría pasado en Lektawa para el aprovisionamiento definitivo del ejército y los restantes en los descansos de la agotadora marcha.

La segunda parte del viaje, ya en el Sudán, a lo largo del Níger, duró doce días, pues la batalla tuvo lugar, como veremos, el día 13 de marzo de 1591.

El coronel De Castries, por analogía con el viaje del francés Paul Imbert, en 1618, propone el siguiente itinerario: 1.º (250 kilómetros), de Marrakus, en ruta hacia el Draa; paso del Atlas por el macizo del Deren; detención en Lektawa (la Quitehoa de la relación española), durante un mes, para aprovisionamiento de víveres y agua (odres de cuero de buey, a dos por camello). 2.º (450 km.), de Lektawa, en dirección SO., por al-Betana y la Hamada (6), hacia Tinduf. 3.º (800 km.), en dirección SE., desde Tinduf a las salinas de Taodeni, a través del Erg (7) Iguidi, de la región de el-Eglab (8) y del Erg al-Sas. 4.º (540 km.), en dirección S., desde Taodeni al Níger, atravesando el Tanezruft (la parte más terrible del desierto), un poco al este de Arawan; la llegada al Níger fué por Kabara. En esta parte de la travesía del

(6) Se llama *hamada* a las partes rocosas del desierto.

(7) Se llama *erg* a las grandes extensiones cubiertas de dunas.

(8) Montículos rocosos.

desierto se habrían recorrido 2.040 km., al cabo de los cuales el ejército se habría reducido a la mitad de sus hombres y también se habrían efectuado razzias de camellos, para sustituir a los muertos. 5.º (400 km.), desde Kabara, sin entrar en Tombuctú, a lo largo del Níger y sufriendo ataques infructuosos de los negros, rechazados fácilmente gracias a las armas de fuego, hasta Tondibi (cerca de Gao), lugar de la batalla.

M. Delafosse (que cree que Chawdar, al llegar al Níger, había perdido dos tercios, y no la mitad, de sus efectivos) ha rectificado el itinerario de Castries en un extremo muy importante. Hemos visto, en efecto, que De Castries supone que el ejército llegó al Níger por Kabara, que él sitúa sobre el río, al SO. de Tombuctú (donde Chawdar, según él, no entró). Para esta suposición se basa en la afirmación de relación española: "Pasada la Zahara, comenzó a caminar la vuelta de Gago, dexando a mano izquierda Tumbriticu." Delafosse demuestra que Kabara no está sobre el Níger, ni al SO. de Tombuctú, sino al SE.; que la expresión "a mano izquierda" de la relación española es errónea y que la maniobra en torno a Tombuctú es, en la hipótesis de Castries, inexplicable. La llegada al Níger se realizó (a través de Bu-Yebeha) por Karabara, al O. y cerca de Bamba. En esta hipótesis, la distancia, desde la llegada al Níger, a Tondibi quedaría reducida a 210 km. (en vez de los 400, que supone el itinerario de Castries), que, en el estado del ejército, sería más posible recorrer en los doce días que median entre el 28 de febrero y el 13 de marzo. Según Delafosse, por tanto, y de acuerdo con el *Ta'rij al-Sudan*, el ejército, al salir de Taodeni, habría pasado "al E. de Arawan", para llegar al Níger en Karabara.

Por su parte, La Chapelle, en su estudio, rectifica también ligeramente el itinerario de Castries, basándose en tradiciones indígenas de los Tayakant, recogidas sobre el terreno. El ejército, desde Lektawa, habría atravesado los oasis de Tissint y Tatta, en el Yebel Bani (actual territorio de los Ida u Blal), franqueado el Draa, frente al Qsar de Assa, y seguido después la siguiente ruta: Betana, Hamada, al-Farsiya (en la fuente de la Acequia al-Hamra), Metbul, Tufurin, Tegaza, Telig, Gottara, In Echay y Tombuctú. En varios puntos de este trayecto existen todavía pozos de aquella época, algunos atribuidos a Chawdar,

y al norte de Taodeni se ven aún huellas de la pista (a veces con profundidad de 50 cm.) seguida por el ejército. Los nómadas designan estos rastros con el nombre de *Tariq Chawdar* ("camino de Chawdar").

El croquis adjunto reproduce casi exactamente el de Castries, indicando la rectificación de Delafosse. El itinerario de La Chapelle no ha podido ser indicado, pero sí aparecen marcadas algunas de las localidades que en él figuran.

* * *

Desde su llegada al Níger los renegados sufrieron repetidos ataques de los negros que venían en sus piraguas por el río para inquietar a los intrusos; pero la pólvora los dispersaba. El Askía Ishaq II vió en seguida que la guerra era inevitable. Una carta de Chawdar intimando la sumisión no tuvo respuesta. Al fin, los dos ejércitos se encontraron en Tondibi, el día 13 de marzo de 1591 (9).

Las huestes del Askía Ishaq II estaban formadas, según los cálculos más halagüeños, por 80.000 hombres. De ellos 8.000 eran jinetes, pero no todos disponían de lanzas; la mayoría sólo usaban azagayas. Los restantes eran arqueros. Los guerreros de la vanguardia se distinguían por brazaletes de oro, y el ejército iba acompañado de brujos, magos y hechiceros. Cómputos más razonables reducen los efectivos sudaneses a unos 21.000 hombres: 12.000 jinetes y 9.000 infantes. De todos modos, la superioridad numérica sobre los renegados y marroquíes era enorme. A Chawdar le quedaban unos 2.000 hombres, que distribuyó así: en la vanguardia, a la derecha, los renegados; a la izquierda, los moros de origen andaluz, y en el centro, él con los cautivos cristianos; en la retaguardia, la caballería y la impedimenta.

La batalla fué terrible. Para contrarrestar el efecto de las armas de fuego, que aún no conocía, el Askía imaginó una estratagemas: hacer preceder sus huestes de un rebaño de bueyes. Pero el ardid se volvió en contra suya, en las dos hipótesis que dan

(9) Según al-Ifrani, la batalla tuvo lugar el 16 de chumada I de 999 (= 13 de febrero de 1591).

las historias: según la relación española, Chawdar "hizo abrir los esquadrones y pasó el ganado por medio sin hacer daño"; según el *Tá'rij al-fattah*, más lógicamente, los bueyes, espantados ante las detonaciones de los arcabuces, se volvieron y sembraron el desorden en las filas que hubieran debido proteger. La vanguardia negra resistió heroicamente. Sus guerreros —dice la relación—, "al tiempo de pelear, doblan la una pierna, y echándola por encima de la rodilla, como se hace en Berbería a los camellos para que no huyan, hincan aquella rodilla en tierra y desde allí tiran sus flechas a los enemigos..., porque viendo los otros a éstos estar firmes, peleen con más ánimo y no se huyan". Una bandera marroquí fué cogida, aunque pronto recobrada. Pero la pólvora y la artillería decidieron el combate. Los negros se dejaron matar o huyeron con su rey hacia Gurma, sin pasar por Gao. Entre tanto, la ciudad era evacuada con desorden y precipitación: muchos de sus habitantes perecieron al pasar el río.

Los renegados entraron triunfalmente en un Gao semiabandonado. La población fué, en general, respetada. Sólo fueron saqueadas las casas de los notables huidos; pero no se encontró oro, sino arroz, manteca, miel, otros víveres y algunas alfombras, "todo, cosa de poco precio". Chawdar, profundamente decepcionado, se alojó en el palacio del Askía, que encontró menos cómodo que el del jefe de las caravanas de asnos de Marrakus. Wuld-Kirinfil, el traidor sudanés, que se decía soberano y que animó al Sultán a la conquista, resultó un solemne embustero, pues no pasaba de ser el hijo de una esclava del harem real. Fué expulsado y murió aquel mismo año, en Tombuctú, en una revuelta contra los marroquíes.

El Askía, desde su escondite, hizo entonces llegar a Chawdar unas proposiciones de paz. Ofrecía en ellas declararse vasallo del Sultán, el pago de 100.000 piezas de oro y 1.000 esclavos como indemnización, la entrega de un tributo anual y el monopolio de importación en el Sudán de la sal de Taodeni y de los "cauris" o "buzios, que son unas conchillas que los negros usan por moneda", y que antes se importaban de El Cairo y de la Meca. Exigía, en cambio, la continuación de su dinastía y la retirada de las tropas invasoras.

Chawdar, profundamente decepcionado en sus esperanzas y

descorazonado del fin de sus esfuerzos, no rehusa abiertamente, pero indica que ha de consultar previamente con su soberano. Al punto escribe y envía al Sultán un mensaje describiendo la campaña y la miseria del país songoy, transmitiendo las proposiciones del Askía, que él juzgaba dignas de tenerse en cuenta, y anunciándole el traslado del ejército desde Gao a Tombuctú. En efecto, el clima de Gao amenazaba acabar con el ejército: 400 hombres habían muerto de paludismo y las enfermedades tropicales se cebaban en caballos y camellos. Tombuctú, en cambio, goza de un clima saludable. En espera de la respuesta de al-Mansur, se hizo el cambio de residencia, naturalmente favorecido por el Askía. La marcha fué muy lenta. Salieron las tropas de Gao a comienzos de abril, y hacia el 25 llegaron a los alrededores de Tombuctú, donde acamparon más de un mes. La entrada solemne en la ciudad tuvo lugar el 30 de mayo de 1591. En un lugar estratégico fué construída una alcazaba, donde se hicieron fuertes.

* * *

El mismo día de la entrada de Chawdár en Tombuctú (30 de mayo) llegó a Marrakus su mensajero, Alí al-Achamí, con la carta para el Sultán. Este, desconocedor de los riesgos y del escenario de la empresa, se encolerizó, al leerla, con Chawdar, por varios motivos: porque había evacuado Gao y no había dejado en ella ni siquiera una guarnición; porque no había preso al Askía ni guardado rehenes; porque había tomado en consideración y transmitido unas proposiciones de paz insultantes; en fin —y era lo principal— porque los presentes eran escasos y no venía el oro, tan codiciado, verdadero móvil de la empresa.

Al día siguiente, sin embargo, disimuló su enojo y pensó en sacar rendimiento político a una empresa, cuyo resultado era, en fin de cuentas, muy aceptable. Con esa fecha (1 de junio) dirigió a los sarifes y notables de Fez una pomposa epístola, que ha descubierto y publicado De Castries y a la que heñics aludido anteriormente. En ella se dan muy pocos detalles, pero se magnifica, en trabajada prosa rimada, y con audaces metáforas, el triunfo de las armas sarifianas. Todas las ciudades de Marruecos se empavesaron y celebraron brillantes fiestas. Las liras asa-

lariadas cantaron, con los fríos acentos de siempre, la sonada victoria:

Los estandartes de tu ejército se han alzado sobre los negros, y su blanca masa flotante
ha brillado, en aquel horizonte de tinieblas, como la columna del alba que disipa la oscuridad de la noche... (10).

Decidido, sin embargo, a castigar a Chawdar y a relevarle de su puesto, el Sultán resolvió enviar, con severas órdenes, a un nuevo general, que fué el bajá Mahmud ben Zarqun, también renegado, o hijo de renegado, y criado en su casa. Mahmud salió de Marrakus a fines de junio, con dos qa'ides, 40 renegados y 20 mozos de servicio, y, tras rápida y feliz travesía, entró en Tombuctú el 17 de agosto. La entrevista de los dos bajáes renegados fué cordial, y ambos se mostraron llenos de buen sentido: ni Mahmud cumplió las severas órdenes que traía, ni Chawdar se insolentó ni rebeló; antes bien, se sometió y quedó en el ejército en posición subalterna.

El estudio detallado de esta segunda campaña del bajá Mahmud no puede entrar en los límites de esta breve exposición vulgarizadora. Indicaremos, sin embargo, los hechos principales.

La conquista total del país no podía ser realizada sin atravesar el Níger. Ahora bien: en la primera expedición del bajá Chawdar esta eventualidad no había sido prevista y faltaban barcas, pues las indígenas habían sido retiradas, por orden del Askía, en la evacuación de Gao. Mahmud mandó construir algunas y traer otras, en piezas, desde el Draa, en el límite de Marruecos. Las primeras fueron botadas a fines de agosto. Con ellas ya fué posible la ocupación del Sudán.

La batalla decisiva tuvo lugar el 14 de octubre, cerca de Bamba. El Askía Ishaq II huyó (fué asesinado en 1592). Su sucesor, Muhammad Gao, fué apresado por traición y asesinado. El último Askía, Nuh, fué derrotado cerca de Dendi.

En 1594 Mahmud detuvo en la mezquita de Tombuctú a los notables de la ciudad y mandó confiscar sus bienes. En esta ocasión, fué preso, y trasladado a Marrakus, el célebre sabio suda-

(10) Al-Ifrani, pág. 167.

nés Ahmad Baba, que no retornó al Sudán hasta el año 1607, autorizado por el sucesor de al-Mansur.

El oro encontrado en las campañas no fué mucho. De Castries dice que Mahmud penetró "en las regiones auríferas"; que el precioso metal afluyó a Marrakus y que el inglés Madoc vió entrar en esta ciudad; el mes de agosto de 1594, treinta mulas cargadas de "oro de tibar" (11). Pero Delafosse rectifica: las minas auríferas estaban lejos, y lo único que Mahmud envió a Marrakus fué una suma de cien mil piezas de oro, de las confiscadas a los notables de Tombuctú, que fué el que vió entrar Madoc. Bien entendido que no todo el cargamento de las treinta mulas sería oro, aunque la consigna oficial fuera decirlo o aparentarlo.

* * *

La relación española —modelo de excelente información y rigurosamente contemporánea de los sucesos, pues fué escrita en el mismo año de 1591— termina diciendo que "hay diversas opiniones sobre esta jornada". La más razonable sostenía que tal empresa iba a ser "la ruyna del Rey". Y ello por varias razones: porque iban a perderse, en guerra o de enfermedad, los mejores arcabuceros del Imperio, y los renegados, "que es la gente sobre que estriba el establecimiento del reyno"; porque habría que enviar nuevos destacamentos militares, con mucho gasto y riesgo; porque habría que mantener varias fortalezas lejanísimas y porque, en fin de cuentas, el provecho iba a ser nulo o escaso.

La dominación real de Marruecos sobre el Sudán duró, en efecto, solamente hasta 1612. En 1618 cruzó todavía el desierto un contingente de 400 hombres y un nuevo bajá, Ammar, nombrado por Mulay Zidan. En 1628 la muerte de este sarif fué anunciada en Chenné. En 1632, Mulay al Walid nombró aún gobernador. Fué el último. A partir de entonces las mismas tropas nombraban al bajá, sin relación ninguna con Marruecos. A fines de 1660 el nombre del Sultán dejó de ser pronunciado en la oración, que se hizo ya en nombre del bajá. Desde 1612 a esta fecha (1660) se habían sucedido 21 gobernadores. De 1660 a 1750

(11) Del árabe *tibar* = "oro puro en pepitas o lingotes".

gobernaron 128. Su oficio fué decayendo en importancia, y se convirtieron en simples alcaldes de Tombuctú, sometidos a la soberanía de otros pueblos (Tuareg, Bambara, Peuls, Kunta o Tuculers). El Sudán se fué alejando cada vez más del mundo. Tombuctú, una vez caído el Imperio songoy, y rotas las relaciones culturales con Marruecos, se convirtió en una ciudad misteriosa, remota e inaccesible, rodeada de un halo de leyenda que sólo Africa y el desierto saben dar. Cuando en diciembre de 1893 entraron en ella los franceses, aún encontraron al último de la serie de los bajáes, que desde el año 1780 habían cambiado su título por el de *Kahia*.

* * *

Estos son los sucesos principales, contados sobria y sucintamente, de la conquista del Sudán por los renegados españoles en 1591, según las fuentes de que he podido disponer. Casi todas estas fuentes son islámicas y, por tanto, enmascaran el relato, dándole una apariencia o superficie musulmana. ¡Cuánto nos gustaría conocer estos mismos hechos por dentro, penetrar a fondo en la vida de estos renegados, analizar sus recuerdos hispánicos, sus nostalgias, su lengua y sus creencias, bucear en el drama espantoso de su doble vida! Alguna vez habrá que escribir el libro de la existencia del renegado, para el que existen infinitos documentos, desde los más antiguos hasta los *Recuerdos* de Murga, "el Moro Vizcaíno". Pero, por el momento, no pasaríamos de hipótesis en que habría que barajar la fiereza, el empuje, el ciego valor con que estos hombres guerreaban y creaban un Imperio más allá del Sahara, cerca de la selva ecuatorial, haciendo que hasta el árabe de las crónicas se rompa para incrustar en él terribles frases españolas, como aquella citada al principio: *Corte li cabeza*.

Por aquellos tiempos el Estado español se multiplicaba en empresas que publicaban su nombre en todas las zonas de la tierra, redondeada gracias a su esfuerzo. Ni Chawdar, ni Mahmud, ni los hombres que combatían a sus órdenes, obraban por cuenta de ese Estado; por el contrario, habían renegado de su patria y de su fe y estaban alistados bajo una bandera bárbara

y extraña. Pero esto es cabalmente lo maravilloso. Como si el ímpetu de los españoles auténticos —en Europa, América, Asia, Oceanía y el Norte de Africa— fuera poco, otros españoles —aunque renegados o enemigos— lo completan en el corazón del Africa. Diríase que nuestro pueblo tenía en aquella época maravillosa tal vitalidad, que lo español rezumaba por todos los poros de la tierra.

Oliver Asín, por ejemplo, nos ha contado cómo, a comienzos del siglo xvii, los moriscos de Túnez imitaban en español a Lope de Vega (12). El caso presente es todavía más significativo: Cuando en diciembre de 1893 una columna francesa ocupa Tombuctú, encuentra aún, a la sombra de las mezquitas elevadas por el granadino al-Sahili, a los descendientes de aquellos renegados que combatieron a las órdenes de Chawdar "natural de las Cuevas, en el Reyno de Granada". Aún hoy subsisten, viviendo de humildes oficios, y su comunidad se llama todavía *Arma*, en recuerdo de aquellos arcabuces que abrieron a los españoles la conquista del Sudán.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ,
de la Real Academia de la Historia.

(12) *Un morisco de Túnez, admirador de Lope*, en *Al-Andalus*, I (1933), págs. 409-456.